

*Nadar contracorriente*¹

El discurso del llano

1. Acabamos de escuchar la versión de san Lucas² de lo que, en el Evangelio de san Mateo, se llama el discurso de la Montaña. Lucas nos lo recrea en un llano, de modo más breve que Mateo y con algunas diferencias de importancia. Tal vez se trate de dos discursos distintos con análogo contenido.

En el texto de hoy, las bienaventuranzas se acompañan de algunas imprecaciones. Estas últimas, vienen a ser como antítesis de las primeras. Una clara expresión de la desconcertante y paradójica predicación de Cristo. La verdadera felicidad para el Señor, no está, como recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, *ni en la riqueza o en el bienestar, ni en la gloria de los hombres o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, como las ciencias, las técnicas y las artes, ni en ninguna otra creatura, sino solo en Dios, fuente de todo bien y de todo amor*³.

Quisiera esta tarde llamar la atención de ustedes sobre uno de esos binomios:

a) La bienaventuranza:

Dichosos serán ustedes cuando los hombres los aborrezcan y los expulsen de entre ellos, y cuando los insulten y maldigan por causa del Hijo del hombre. Alégrense ese día y salten de gozo, porque su recompensa será grande en el cielo. Pues así trataron sus padres a los profetas.

b) Su antítesis:

Ay de ustedes, cuando todo el mundo los alabe, porque de ese modo trataron sus padres a los falsos profetas.

El temple de los primeros cristianos

2. Los primeros discípulos de Cristo lo experimentaron en carne viva. Las contradicciones vinieron muy pronto sobre aquellos cristianos. Por eso el apóstol Pedro tenía que reconfortarlos: *Que ninguno de ustedes tenga que sufrir por criminal, ladrón, malhechor o simplemente por entrometido. En cambio, si sufre por ser cristiano, que le dé gracias a Dios por llevar ese nombre*⁴.

Otro tanto puntualizaba aquel gran mártir que fue san Ignacio de Antioquía: *Lo que necesita el cristiano, cuando es odiado por el mundo, no son palabras persuasivas, sino grandeza de ánimo*⁵.

¹ Homilía domingo VI del tiempo ordinario, ciclo C

² Evangelio, Lucas 6, 17.20-26.

³ Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1723.

⁴ 1 Pedro 4, 15-16.

⁵ Carta a los Romanos, 5, 2.

Para seguir de cerca a Cristo se necesita mucho temple. Una gran fortaleza espiritual y humana, porque con no poca frecuencia a lo largo de la historia, *el mundo*, la mentalidad conformista y materialista que impera en el ambiente, rechaza a Jesús y a su doctrina. Como, por otra parte, también fue habitual en el pueblo hebreo el rechazo de los auténticos profetas de Dios. Nos lo recuerda Jeremías en la primera lectura: *Maldito el hombre que confía en el hombre, que en él pone su fuerza y aparta del Señor su corazón (...). Bendito el hombre que confía en el Señor y en él pone su esperanza. Uno es como un cardo en la estepa seco y estéril; el otro, como un árbol con hojas siempre verdes, y fecundo en flores y frutos*⁶.

También en nuestros días

3. Algo parecido estamos experimentando, como no podía ser de otra forma, en nuestro tiempo. Alguna vez dijo el Papa Benedicto XVI que aunque no le gustaba polemizar, no le importaba, si fuera preciso, *nadar contracorriente*. Y contracorriente nadó en todo su intenso y sufrido pontificado.

San Josemaría, en aquellos años turbulentos de la historia de la Iglesia posteriores al Concilio Vaticano II, acudía a veces a una atinada metáfora, tomada de la ecología: La de los peces en los ríos contaminados. *Puede suceder –decía– que a alguno de esos peces, de esos hombres, viendo lo que está sucediendo en todo el mundo y dentro de la Iglesia (...) podría venirle a la cabeza la decisión de decir, basta, yo doy un salto, y ¡fuera! (...). Respiraré un poquito de oxígeno. Basta.*

*No, hijos míos; nosotros tenemos que seguir en medio de este mundo (...) en medio de este mar de aguas turbias (...). En medio de la calle, en medio del mundo hemos de estar siempre, tratando de crear a nuestro alrededor un remanso de aguas limpias, para que vengan otros peces, y entre todos vayamos (...) purificando el río, devolviendo su calidad a las aguas del mar*⁷.

Un mártir de la indisolubilidad del matrimonio

4. Se trata de una tarea que tenemos que acometer también en la actualidad. Sin miedo a ser distintos, sin miedo a no ser comprendidos. Sin miedo, en definitiva, a la cruz. Hoy que tenemos aquí a este formidable grupo de jóvenes que acaban de terminar su curso prematrimonial en la parroquia, quisiera referirme de modo especial a un tema de gran importancia: la santidad del matrimonio y la familia. Cuando tantos a nuestro alrededor se oponen o simplemente desprecian la enseñanza católica sobre el matrimonio, resistir a esta tremenda avalancha, es algo vital para la Iglesia.

Me viene a la mente la atractiva figura de santo Tomás Moro. Un gran abogado de la Inglaterra del siglo XVI, político y humanista de altos vuelos. Llegó a ocupar el cargo de lord canciller del Reino. Fue íntimo amigo del rey Enrique VIII, pero cuando este soberano,

⁶ Cfr. Primera lectura, *Jeremías*, 17, 5-8.

⁷ A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, III, pp. 617-618.

para poder casarse con Ana Bolena quiso divorciarse de la reina Catalina de Aragón, Tomás, siguiendo los dictados de su conciencia se opuso con firmeza. Fue acusado de alta traición y, tras una temporada de encierro en la Torre de Londres, fue decapitado.

Muchos de sus contemporáneos, incluidos algunos prelados de la Iglesia, aceptaron ruinmente complacer los caprichos del monarca. Tomás, no lo podía hacer. Vivió de modo personal la consigna establecida por los apóstoles Pedro y Juan ante las insidias del Sanedrín en los albores de la Iglesia: *Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres.*

5. Que nuestra Señora nos consiga del Señor esa fortaleza de los buenos cristianos de todos los tiempos.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 17 de febrero de 2019.